

*en donde escribí lo que tendría que declarar cada uno en caso de necesidad, llegando a detalles tan nimios que los autos judiciales no pudieron, a pesar de la tenacidad del juez para aclarar los hechos, poner de manifiesto la verdad. Todo salió a pedir de boca, pues todos cumplieron con su deber, a pesar de las coacciones de que se les hizo objeto.*

*“Llegué a Madrid a la caída de la tarde, y dos días después fui detenido por la policía —en condiciones que harían suponer en mí la condición de criminal peligroso— y conducido a Prisiones Militares en donde estuve ochenta y cuatro días; seis incomunicado; treinta y ocho sin prestar declaración ni decirseme por qué se me había detenido. Y mientras, dos brigadas de policía recorrían aquellas provincias mostrando retratos míos y ofreciendo diez mil pesetas a quien me reconociese y diese datos para demostrar mi permanencia en aquella región, en los días de autos, todo lo cual fue inútil para quebrantar la bien tejida trama contra la que se habían de estrellar los deseos del dictador de vengar desde las alturas del poder, la ofensa personal que se empeñó en suponer que había recibido de mí, porque era ese medio más fácil la venganza, que en el terreno personal.*

*“La sumaria hubo de sobreseerse por falta de pruebas, y a los ochenta y cuatro días se me ponía en libertad sin darme la más leve explicación. El capricho del dictador me metió en prisiones y, cuando su capricho lo dispuso, se me dejó en libertad.*

*“Hoy, al recordar aquellos hechos y considerar la situación presente, me parece que soy presa de una pesadilla. Pero no; la República, aún en la infancia, sufre las distintas enfermedades que a ésta atacan para facilitar su crecimiento y desarrollo. Sanará del sarampión del comunismo, de las viruelas locas de los monárquicos soñadores, del sarpuellido del problema clerical, hasta entrar en la pubertad fuerte y briosa.*

*“Cuidémosla todos los republicanos de buena fe, y pronto marchará con paso firme y sereno por el camino de la vida. Mi paso por Albacete me hizo conocer que en esa provincia no escasean esa clase de republicanos a los que desde las columnas de HOY envió mi afectuoso saludo.*

---

no. Va a casa repetidas veces. Como no logra dar conmigo, acude a ver a Orovitg, que llama a Pedro José Cortés. Y éste, que en modo alguno podía suscitar sospechas, nos pone en contacto al general y a mí. Yo estaba, nada menos, en La Gineta, visitando a una enferma, hija de un maestro de obras...”